

llevaron el insulto hasta el asesinato. Una á una quitaron los fieles las piedras de la pequeña iglesia profanada y la reedificaron á la otra orilla del Bósforo; posteriormente, cuando renació la paz, volvieron á llevar del mismo modo aquellas piedras una á una para reconstruir la capilla, á que dieron el nombre de Anastasia, es decir, la Resucitada.

Habiendo sido atacado Teodosio en esta época de una enfermedad grave, quiso hacerse bautizar por el obispo Acolio, cuya fé le inspiraba completa confianza; y á sugestion suya dió (28 de Febrero de 380) un decreto del tenor siguiente: «Es nuestra voluntad que todas las naciones gobernadas por nuestra moderacion y nuestra clemencia se adhieran constantemente á la religion que fué enseñada por San Pedro á los romanos; que se ha conservado por tradicion fiel, y es profesada actualmente por el pontífice Dámaso y por Pedro, obispo de Alejandría, varon de santidad apostólica. Segun la enseñanza de los apóstoles y la doctrina del Evangelio, creemos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una divinidad sola, bajo una majestad igual y una trinidad santa. Autorizamos á los que siguen esta doctrina á tomar carta de los católicos; y en atencion á que consideramos á los demas como insensatos, á que les notamos con el infame nombre de herejes, prohibimos que sus conventículos usurpen por más tiempo la denominacion general de iglesias. Sin hablar de la justicia divina, teman las penas severas que nuestra autoridad ha de crear oportuno imponerles, guiándonos la sabiduría celeste.»

Teodosio recuperó la salud; despues de tornar al ejercicio de la guerra, mandó llamar á Demófilo, patriarca arriano de Constantinopla, y dejó á su eleccion profesar el símbolo de Nicea ó abandonar su sede; prefirió el segundo partido y se fué á su destierro. Entonces se confiaron á los católicos las cien iglesias, y el emperador condujo personalmente á Gregorio como en triunfo hasta Santa Sofia, donde le colocó sobre la silla arzobispal, sin descuidar, á pesar de todo hacerse escoltar por guardias, desplegando un aparato militar pasmoso: ¡tan temible era la faccion arriana!

A fin de poner término á aquella division escandalosa, anunció Teodosio la voluntad de

separar á los obispos y á los eclesiásticos que se obstinaron en aquel error, y una vez alejados se estableció la fé ortodoxa en Oriente sin turbulencias, ni efusion de sangre. Reunió entonces el segundo concilio general en Constantinopla (Mayo de 381) para explicarla y confirmarla. Mantuvo íntegro el símbolo de Nicea, dándole solamente más desarrollo en ciertos puntos, á fin de refutar las herejías que á su promulgacion habian seguido.

El más célebre de los cánones disciplinales de aquel concilio es el que atribuye al obispo de Constantinopla la precedencia sobre el de Roma, teniendo presente la traslacion de la sede del imperio á Bizancio; como se quiso hacer extensivo á la jurisdiccion lo que sólo tenia relacion con la dignidad, resultaron de aquí grandes escándalos y disputas que no bastaron á conjurar penas corporales ni excomuniones.

Por lo que hace Gregorio conservó la silla patriarcal su modestia, no frecuentando el trato de los magnates mas que para solicitar su caridad; y cuando el ceremonial le llamaba á la mesa del emperador, le molestaban las numerosas prescripciones de la etiqueta, acostumbrado como estaba á modales sencillos y afectuosos.

Salvó á su grey de los castigos que le amenazaban á consecuencia de una sedicion. Habiendo congregado al pueblo, despues de haberle calmado sin acusarle, alentándole á la esperanza, y prometiéndole participar de su suerte, que le infundía lástima, se volvió al gobernador romano enviado para castigar á los delincuentes, y le dijo con severo tono, «Ofrece en homenaje á Dios la bondad, que de todos los dones es el más grato á sus ojos y el que proporciona mayores bienes. Nada te haga renunciar á la piedad, ni la gravedad de los hechos, ni el miedo al emperador, ni la esperanza de más alto destino, ni el orgullo del poder; granjéate la benevolencia celeste para el día en que la necesites, haz por Dios lo que Dios ha de galardonarte.»

A pesar de todo no pudo sustraerse á la envidia, y viendo que su elevacion podia ser motivo decizaña, abdicó voluntariamente. Su grey, á la cual convocó, le oyó revelar las intrigas y la ambicion de los obispos impulsados á devol-

ver mal por mal, así como las reconvenções de los que le imputaban á delito no dar banquetes y no vestirse como los cónsules y los generales: «Adios, exclamaba, iglesia de Atanasio, que recibiste tu nombre de la piedad, trofeo de nuestra comun victoria; nueva Silo, donde reposó primeramente el arca santa, despues de andar errante por espacio de cuarenta años en el desierto. Adios, templo famoso, nuestra reciente conquista, que llena á la sazón Cristo de tan inmensa muchedumbre; aldea de Jebus, de que hemos hecho otra Jerusalem. Adios, santas moradas, que abarcaís los diversos barrios de esta metrópoli y sois como el lazo y el punto de reunion de ella. Adios, apóstoles santos, colonia celeste, que me habeis servido de modelo en los combates. Adios, cátedra pontifical, trono envidiado y lleno de peligros, consejo de los pontífices, ornado con las virtudes y con la edad de los sacerdotes. Adios vosotros todos, ministros del Señor á la santa mesa, que os acercáis á Dios cuando baja entre nosotros. Adios, delicia de los cristianos, coro de los nazarenos, dulzura de las salmódias, piadosas veladas, castas vírgenes, mujeres modestas, asambles de huérfanos y de viudas, pobres que levantaiis vuestros ojos hácia Dios y hácia mí. Adios, casas hospitalarias, amigas de Cristo y socorredoras de mi enfermedad. Adios, vosotros que amais mis discursos, multitud diligente, en medio de la cual veia brillar los furtivos punzones que trascribian mis palabras. Adios, barras de esta tribuna, forzadas con tanta frecuencia por el número de los que se precipitan en tropel para oír mis discursos. Adios, reyes de la tierra, palacios de los reyes, servidores y cortesanos de los reyes, fieles, quiero creerlo así, á vuestros señoranos, pero infieles por lo comun á Dios. Aplaudid, elevad al cielo el nuevo orador; queda muda la voz que os desagradaba... Adios, ciudad soberana y amiga de Cristo; este es un tetimonio que la rindo, aunque su celo no sea siempre con arreglo á la ciencia... Acercaos á la verdad; acreditad enmienda por más que parezca tardía. Adios, Oriente y Occidente, por los cuales he peleado y fui oprimido. Pero adios especialmente, vosotros ángeles custodios de esta iglesia, que protegísteis mi presencia y protegereis mi destierro. Y tú, Santa Trinidad,

mi pensamiento y mi gloria, convence y conserva á mi pueblo, compréndate á fin de que yo sepa que crece en virtud y en saber cotidianamente. ¡Hijos míos, guardadme el depósito sagrado; acordaos de mi apedreamiento!»

Gregorio tornó á su laborioso retiro, donde un jardín, un manantial y la sombra de algunos árboles hacian sus delicias. Ayunaba y oraba; una estera le servia de lecho y un toscosayal de abrigo. Vestido con una sencilla túnica, con los piés desnudos, sin fuego, no tenia más compañía que los animales de los campos. Y sin embargo, no conseguia dominar enteramente la carne aún en una vejez avanzada, lo cual le inducia á decir, que virgen de cuerpo no podia llamarse tal de pensamiento. Esto es lo que nos enseña en los versos con que amenizaba su soledad, y que consideraba, no sólo como un alivio, sino tambien como una penitencia, atendida la dificultad que experimentaba en hacerlos, y el objeto que se proponia de suministrar modelos que oponer á los de los paganos. Murió nonagenario (391).

Aquellos que comprendan la intencion que nos guia al escribir esta historia, no llevarán á mal que nos detengamos en cada uno de los campeones de la verdad, y en otros algo más de lo que acostumbramos respecto de los grandes del siglo y de aquellos á quienes se da el nombre de héroes. ¿Cómo es posible adquirir mejor el conocimiento del hombre, segun la época en que viviera, sino escrutando las obras y las ideas de aquellos sencillos y generosos maestros?

Gregorio, obispo de Nisa, hermano de San Basilio, se aplicó con fervor á mantener la unidad católica contra los cismáticos y herejes. Pacificó las iglesias de Palestina y de Arabia, dirigió el segundo concilio ecuménico y obtuvo el título de Padre de los Padres. De talento ménos vasto que San Basilio y San Gregorio Nacienceno, amaba la soledad y se complacia en las especulaciones filosóficas. Trató del destino, del alma, de la resurreccion, á propósito de ciertas dudas que Macrina, su hermana, le sometia con motivo de la resurreccion del cuerpo, que le habian ocurrido en ocasion de la muerte de San Basilio.

San Jerónimo es en cierto modo el vínculo que une á los orientales y á los occidentales.

Nacido en Dalmacia, educado en Roma por Donato, comendador de Terencio, y por el retórico Victorino, adquirió los modales y contrajo la corrupcion de aquella gran ciudad; disgustado posteriormente de una vida disoluta, abrazó el cristianismo. Asiduo al estudio se formó una biblioteca por su propia mano, recorriendo cuando el caso lo requeria los países más distantes. Pasando á Oriente oyó las discusiones que agitaban entonces los ánimos, y se retiró al desierto en los confines de la Siria y de la Arabia. Allí, mortificando la carne, pasando de la oracion al estudio de la lengua hebráica, saboreaba los varoniles deleites de la soledad, embellecida, como él decia, «por las flores de Cristo, lejos de la ahumada cárcel de las ciudades.»

Sin embargo, aquella vida de ermitaño, estudiosa y penitente, no amortiguaba su imaginacion fogosa: «¡Cuántas veces en el desierto, en medio de aquellas soledades abrasadas por el sol, creí asistir á las delicias de Roma! Sentado á solas, con el alma inundada de amargura, abatida la carne y sin fuerzas, cubierto con un grosero sayo, con el rostro bronceado como el de un etiope, lloré y gemí todo el dia; y si á pesar mio me cogia el sueño, mi cuerpo iba á tropezar sobre la tierra desnuda. Y no obstante, yo, que por miedo al infierno me habia condenado á aquella cárcel, habitada por serpientes y tigres, me sentia trasladado mentalmente al seno de las danzas de las doncellas romanas. Enjuto el rostro por el ayuno, mi cuerpo estaba abrasado de deseos, y en mis helados miembros, en mi carne, muerta antes de tiempo, se inflamaba el incendio de las pasiones. Privado entonces de socorro me prosternaba á los piés de Cristo, bañándolos con mis lágrimas; más de una vez pasé todo el dia y toda la noche dándome golpes de pecho, hasta que Dios daba paz á mi alma. Hasta el asilo de mi celda me inspiraba espanto, pareciéndome cómplice de mis pensamientos. Irritado contra mí mismo me engolfaba en el desierto, y me prosternaba en oracion donde veia un valle más profundo, una roca más escarpada. Frecuentemente, y á Dios pongo por testigo, despues de haber vertido lágrimas abundantes, despues de haber levantado por largo espacio mis ojos al cielo, me hallaba trasladado al coro

de los ángeles, y exclamaba: *¡Subimos hácia tí atraídos por el incienso de la oracion!*»

Otra tentacion agitaba á Jerónimo además de los recuerdos del mundo, y era su afición á las letras profanas, unos de los obstáculos más poderosos para alejar á los doctos de una religion que renegaba del culto inspirador de Homero y de Virgilio. Educado para idolatrar la forma con detrimento de la esencia, se nutria Jerónimo con sus libros, adquiridos á costa de tantos afanes, única riqueza que conservaba en su ermita. Pero cuando dejaba á Platon y á Ciceron para embeberse en los profetas, le parecian ásperos y descuidados en aquella sublimidad de pensamientos que desdeña los ornamentos artificiales. Habiendo caido enfermo se creyó trasladado en espíritu al tribunal del Juez Supremo, quien lo reconvinó por ser más ciceroniano que cristiano; alegoría en que se revela aquella lucha del génio con la imaginacion, que prolongó la agonía del paganismo, á pesar de la total carencia de conviccion en aquellos que continuaban adictos al antiguo culto.

Abandonando Jerónimo aquel retiro, tan poco adecuado á su actividad, se trasladó á Antioquía donde fué ordenado sacerdote contra su gusto, por Paulino, y desde allí á Constantinopla. Aunque tenia ya cincuenta años se hizo discípulo de Gregorio Nacianceno en la exégesis sagrada, y tradujo al latin muchas obras griegas, como la Crónica de Eusebio y las Homilias de Orígenes. En Roma, adonde se encaminó luego (381), le empleó el papa Dámaso en diversas atenciones, con especialidad en trabajos literarios y en la revision de la Biblia latina. Trabajó amistad con piadosas matronas dignas de ocupar un lugar en la historia. Melania, dama romana de sangre ilustre, habiendo perdido á su esposo y á dos de sus hijos, habia dejado el tercero de edad muy tierna para para ir á Egipto á visitar á los anacoretas. Habia suministrado generosos socorros á los fieles perseguidos por los arrianos, dándoles asilo en su fuga, y vistiéndose de esclava para darles alimento y conolarles en sus calabozos. Marcela, tambien viuda, se habia retirado al campo para abrazar en todo su vigor la vida monástica con Principia, su hija, Asella y Albina, hermana y madre de Marcela, no cediéndola

en virtudes. Paula, dama de una antiquísima familia, se distinguia por su alta piedad, y prodigaba abundantes socorros á los pobres y á los enfermos. Bien diferente Jerónimo de aquellos directores espirituales que en otros tiempos pretendian armonizar la religion con las intrigas y el libertinaje, era el consejo de aquellas mujeres piadosas, así como de Lea y Fabiola, y de otras más, de conciencias hondamente convencidas, lanzándose á las más austeras virtudes, protestando con sus obras contra toda debilidad y socorriendo las miserias de un siglo en que habia tantas.

Leta, que tenia por padre al pontífice de los dioses Albino, consultaba al santo sobre la educacion de su hija todavía niña, y Jerónimo le dijo que aprendiera á echarse en brazos de su abuelo cantando el aleluya, á fin de que el anciano pontífice, sonriendo á aquel sencillo canto se hallara preparado á la conversion. «Este es ya un candidato de la fé que se halla rodeado de una multitud cristiana de hijos y de nietos. El hombre no nació cristiano, llega á serlo. El Capitolio cubierto de oro se empaña bajo el polvo; la araña cubre con sus telas los templos de Roma; la ciudad sale de sus cimientos; oleadas de pueblo pasan por delante de los edificios derribados, consagrados en otro tiempo á los dioses, dirigiéndose á los sepulcros de los mártires.» San Jerónimo tenia el presentimiento del porvenir que se acercaba, y comprendia los medios de acelerarlo.

La faccion pagana dirigió ataques de toda especie contra un enemigo tan formidable. Por su parte no perdonaba tampoco á los más indignos ministros de la religion, desenmascarando á aquellos para quienes el diaconado y el sacerdocio no habian sido más que un medio de irrecuentar más libremente á las mujeres, y que se complacian en presentarse elegantemente vestidos, con los cabellos rizados y perfumados, con los dedos cargados de anillos, andando de puntillas, insinuándose en las casas y solicitando regalos y testamentos. Irritados en contra suya aquellos intrigantes se pusieron á perseguir al santo, cuya amistad espiritual calumniaron; su encarnizamiento fué llevado hasta tal punto que se decidió á abandonar á Roma, aunque demostró su inocencia ante los magistrados, y regresó á Oriente. Allí fué seguido por

Eustoquion, por Paula y por otras damas, con las cuales se dirigió á Alejandria, donde las prácticas de la religion no le impidieron ir á escuchar al gramático Didimo, y despues de admirar á los anacoretas de Nitria, tornó á fijarse en la Palestina. Paula fundó allí un monasterio de mujeres, y Jerónimo organizó allí uno de hombres. Trabajaba hasta el punto de escribir mil renglones por dia, y aún le quedaba tiempo para explicar la Biblia á sus anacoretas, para enseñar á los niños los primeros elementos de la lectura, y hojear tambien aquellos autores paganos que habian encantado sus mocedades. Hombres piadosos y mujeres llenas de fé y humildad recurrían á sus luces. Unas veces Edibia, de Bayeux, le dirige doce cuestiones para que las resuelva; otras Algario, de Cahors, le consulta acerca de algunos pasajes de la Biblia, ó sobre la manera de conducirse en ciertos casos; otras llega un sacerdote desde el corazon de la Bretaña hasta Palestina, para llevarle una carta y volver á partir con la respuesta.

Habiendo penetrado en el retiro de Jerónimo una banda de semipelagianos, prendió fuego á las tranquilas celdas de los monjes y de las hermanas, y el santo pudo escaparse con gran peligro. Poco tiempo despues murió nonagenario.

En otra parte hablamos de sus escritos; bastará que hagamos mencion ahora de sus diferencias con Rufino, amigo suyo en otro tiempo, quien habiendo traducido y publicado las obras de Orígenes, quiso apoyarlas con la opinion supuesta de Jerónimo. La discusion seguida en su consecuencia no conservó siempre el tono de decoro conveniente, debilidad humana digna de lástima y de sentimiento. Pero ¿cuáles eran las acusaciones fulminadas por Rufino contra su adversario? Amar demasiado la literatura profana. «Podria citar á muchos religiosos que en sus celdas sobre el monte de las Olivas han copiado los diálogos de Ciceron para su uso; yo mismo he tenido los cuadernos en la mano y los he leído una vez y otra. Niegue si puede que viniendo á visitarme desde Betleem á Jerusalem trajo consigo un diálogo de Ciceron. Hay más; Jerónimo, en el convento de Betleem componia una obra de gramática profana, y explicaba su querido Virgilio y otros

autores, líricos, cómicos, historiadores, á niños que le eran confiados, para que los educara en el temor de Dios.»

Copiamos estos pormenores para hacer comprender la lucha empeñada entre las dos civilizaciones en la literatura como en todas las demas cosas. Narraremos otro hecho tomado de la vida de Poncio Meropio Paulino. Nacido en Burdeos de un prefecto del pretorio de las Galias, fué recomendado al emperador Graciano, llegando á ser, en calidad de cónsul, su colega. Despues de ser investido con las primeras dignidades en España y en las Galias, gobernó la Campania. Afamadísimo por su sabiduría, se habia casado con una española de una familia extraordinariamente rica (378). Agoviado de amarguras implora primeramente al cielo para que le liberte de sus dolores, del peso de su mujer y de sus hijos. Sometiéndose luego á la voluntad de Dios, acepta una vida de angustias y de resignacion y se retira del mundo. Su mujer es para él como una hermana, y para completar la conversion, se dirige á Roma (389) y recibe allí el bautismo. En seguida le pide por sacerdote el pueblo de Barcelona, á quien habia hecho donacion de parte de sus bienes.

Mostrábanse llenos de júbilo los cristianos por adquisicion semejante, daban los obispos acciones públicas de gracias, á la par que los paganos se indignaban de ella. Se alejaban de su lado como de un desertor los deudos y los amigos que le encontraban al paso. Clientes, libertos, esclavos, consideraban como rotos los vinculos que los ligaban á su persona. Nada descuidó el poeta Ausonio para apartarles de su resolucion, no pudiendo llegar á comprender en medio de las frivolidades literarias de aquel tiempo que la conviccion y la autoridad de la conciencia supieran resistir á quejas y á consejos. Escribióle, pues, á fin de restituírle al paganismo y á la literatura. Como no recibia respuesta volvió á la carga recordándole sus comunes estudios, su amistad y lo que exigia el decoro. No prestándole tampoco oidos, le deseó mil infortunios literarios, invocando á las musas griegas, á fin de que restituyeran un poeta á las del Lacio. Paulino rompió al fin el silencio á su cuarto llamamiento, invitándole á que cesara de implorar á las musas que habia repudiado, porque su corazon, consagrado ex-

clusivamente al culto de un sólo Dios, no tenia ya lugar para ellas, ni para Apolo. Además le decia que ni el tiempo, ni las circunstancias le borrarían de su memoria.

Habiendo ido Paulino á Italia, y animándole de nuevo ardor sus pláticas con San Ambrosio, se retiró á una soledad cerca de Nola, donde vivió diez y seis años con su mujer, fundando una especie de Tebaida en medio de las delicias de la Campania. Erigió á San Félix una iglesia que hizo adornar de pinturas, representando asuntos del Antiguo Testamento, y los aldeanos experimentaban tanto gusto en mirarlas, que hasta de comer se olvidaban á veces. Absorto en una paz que no puede arrebatarse al mundo, los bárbaros amenazadores no le infundían ningun miedo. Todos los años, el dia del santo, objeto de su predileccion, componia un canto en honor suyo; y aunque los amigos exclusivos de la forma pretenden que escribia mejor de pagano que de convertido, Ausonio hallaba sus versos suaves y cadenciosos, y San Agustín encomiaba su *piEDAD plañidera*. Ascendido á obispo, mantuvo una correspondencia epistolar con Ambrosio, Jerónimo, Agustín, con Asia, Africa é Italia, y resultó de aquí un trueque de ideas, de consejos, de aclaraciones. Hablaba al pueblo con una sencillez en que se comprendía que el cristianismo ha salido del pueblo para el pueblo, y en aquel tono familiar é ingénuo que trae esta religion de su origen y que está en su esencia. Empieza su discurso sobre la elocuencia de este modo: «Mis queridos amigos, no sin causa se pone el pesebre delante de los animales, no sólo se hace por el placer de los ojos. Es una especie de mesa para uso de los animales desprovistos de razon, preparada por la razon del hombre, á fin de que los cuadrúpedos puedan tener alimento. Si los que han construido el pesebre descuidan poner allí heno, no tardarán los animales en ser devorados por el hambre; si no comen, el hambre los comerá á ellos. Advertidos por este ejemplo, guardémonos de descuidar la mesa que Dios colocó en su iglesia...»

La Galia Narbonense, que cada vez se amoldaba más á los romanos, fué teatro donde se desplegó el valor de San Hilario. Vástago de buena familia, se aplicó al estudio y llegó á la verdad paso á paso, renunciando primero á los

placeres de los sentidos, dedicándose luego á meditar sobre la divinidad para pasar de la creencia en Dios á la de un alma inmortal y de un mediador divino. Ordenado sacerdote y nombrado despues obispo de Poitiers (355-368), sostuvo á San Atanasio, y confinado por Constancio á Oriente, conoció allí los grandes doctores que eran su gloria; sus pláticas le infundieron nueva energía. Habiéndose dirigido á Constantinopla, presentó una demanda para obtener que su doctrina fuera tolerada, y se le permitiera sostenerla contra los arrianos; pero su solicitud no fué otorgada, y se entregó á violentas invectivas contra el soberano del imperio. «No estamos todavía en los tiempos de Neron y de Diocleciano. Combatiremos al descubierto y con confianza contra los sicarios y los verdugos, y tu pueblo, viendo la persecucion pública, nos seguirá como á sus caudillos. Actualmente peleamos contra un perseguidor que disimula; contra un enemigo que prodiga caricias; contra el Ante-Cristo Constancio, que no hiere, sino que halaga; que no proscriba nuestras cabezas, sino que nos enriquece para corrompernos; que no nos empuja á la libertad cristiana por el camino de los calabozos, sino que nos honra en su palacio para avasallarnos... No pelea porque teme quedar vencido, sino que, para dominar, lisonjea. Confiesa á Cristo únicamente para negarle; busca la unidad para estorbar la paz; comprime las herejías para que no haya más cristianos; honra á los sacerdotes para que sean degradados los obispos; construye iglesias para destruir la fé; te digo, Constancio, lo que Neron, Decio y Máximo hubieran oido de mi boca. Combates contra Dios, te encarnizas contra la iglesia, persigues á los santos, detestas á los predicadores de Cristo, destruyes la religion, eres tirano, no de las cosas humanas, sino de las cosas divinas; acreditas un cristianismo engañoso; eres el nuevo enemigo de Cristo, el precursor del Ante-Cristo cuyos misterios de iniquidad comienzas; fabricas una profesion de fé, y vives contra la fé misma; perturbas lo antiguo, y mancillas lo nuevo.»

Aquí se perciben los vuelos de lo que San Jerónimo denominaba *eloquentia latina Rhodanus*, imágen atrevida, si bien expresiva de su dialéctica vigorosa, de su modo de raciocinar, que era vivo é insinuante, y secundado

por una locucion brillante y fecunda. Su tratado *De la Trinidad*, el más regular y acabado que se ha escrito sobre este misterio, fué compuesto en el destierro, así como el de *los Sínodos*, y diferentes obras dirigidas al emperador. Como Constancio repetía de continuo: *No quiero que se use de expresiones desconocidas á la Escritura*, repuso Hilario: «¿Quién eres tú para imponer preceptos á los obispos, y para privarlos del derecho de predicar á su albedrío la doctrina apostólica? Eso es como si alguno dijera: Hé aquí nuevos venenos, no quiero nuevos antidotos.»

Cuando fué restituido á su sede en el momento en que los creyentes descansaban bajo Valentiniano, denunció públicamente á Auxencio, obispo de Milan, que á las órdenes de príncipes arrianos habia profesado sus doctrinas. Auxencio hizo que el emperador le condenara entonces como perturbador de la Iglesia; pero Hilario dirigió á los obispos y al pueblo una defensa elocuente: «Deploramos, dice, nuestros aciagos dias, gimamos por las locuras de un tiempo en que se cree que Dios necesita de la proteccion de los hombres, y que conviene defender á Cristo con ayuda de las intrigas del mundo; ¡oh, obispos, que os creéis tales, respondedme en vuestra fé! ¿De qué apoyos humanos se sirvieron los apóstoles para predicar el Evangelio y convertir al verdadero Dios las naciones consagradas á la idolatría? ¿Aspiraban á ganarse el favor de la corte, cuando cantaban himnos al Señor desde el fondo de sus calabozos, hallándose cargados de cadenas y despues de sufrir el tormento? Pablo, ofrecido en espectáculo dentro del circo, ¿recurrió á los edictos del príncipe para formar una iglesia á Jesu-Cristo? ¿Era para él por ventura el apoyo de los príncipes un medio de defensa, ó fué más bien su odio el que hizo florecer el Evangelio? Cuando los apóstoles vivían del trabajo de sus manos y recorrían las ciudades, las aldeas y los países remotos á despecho de los reyes y del Senado, ¿creéis que no poseyeran las llaves del cielo? Al revés, la virtud de Dios se manifestó entonces á pesar de la envidia de los hombres, y cuanto más prohibido era el Evangelio, más fervorosamente lo pregonaban en todas partes. Pero actualmente ¡oh dolor! protecciones humanas recomiendan la fé divina. Cristo parece